



DÍA DEL SEMINARIO 2009

APÓSTOL POR GRACIA DE DIOS

LECTIO DIVINA

“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”

Hch 9, 1-19a

Ambientación

Para la Iglesia, la figura de Pablo supone un testimonio único de la expansión universal de la buena noticia de salvación que ha de llevar a todos los hombres. Su experiencia vocacional evidencia la iniciativa de Dios en la misión confiada, el efecto del amor y la gracia en el ser humano y la presencia actuante del Espíritu en la historia. Hoy Dios sigue suscitando apóstoles que, como Pablo, son llamados a proclamar el evangelio en un contexto en el que la salvación acaecida en Cristo no es un dato ni inmediato ni relevante para muchos hombres. Sabiendo que Cristo sigue comunicándonos hoy su salvación, dispongámonos a escuchar su Palabra.



Lectura atenta del texto bíblico (Lectio)

El pasaje que vamos a proclamar es el primero de los tres relatos de la conversión de Saulo (*Hch* 22, 4-21; 26, 2-23) que el evangelista Lucas presenta en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Es un texto que resalta la necesidad de la conversión para estar en disposición de acoger la llamada a desempeñar la misión que el Señor quiere confiarnos a cada uno de nosotros. Se subraya, además, la intervención de las mediaciones, encarnada en la figura de Ananías, para el encuentro con Cristo.

- Proclamación de *Hch* 9, 1-19a.

- En un momento de silencio volvemos a leer el pasaje. Juntos, leemos los siguientes puntos que pueden ayudarnos a comprenderlo mejor.

- Es llamativo el contraste entre la actividad persecutoria de Pablo descrita al inicio del texto y la acción evangelizadora (*a continuación, fue bautizando*) con la que el relato concluye. El autor de los *Hechos* no ha escatimado esfuerzos para enfatizar la magnitud del cambio producido en Pablo, diciendo al principio que *seguía amenazando de muerte a los discípulos del Señor*. Entre un momento y otro ha ocurrido una experiencia única: el encuentro con Cristo resucitado, que sigue estando presente en medio de la comunidad cristiana.
- Un resplandor del cielo ciega a Pablo la vista, una voz se dirige a él. La ambientación evoca las teofanías del Antiguo Testamento, en las que Dios se manifiesta a algunos personajes o al pueblo en general para confiarles una misión. Esta evocación trasluce el convencimiento de que Dios sigue revelándose, a través de Cristo, a su pueblo. La misión de la Iglesia se sitúa en continuidad con la misión del pueblo de Israel.
- *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* La voz llama a Pablo repitiendo su nombre. Ya en el Antiguo Testamento aparece doble llamada en los relatos de vocación de algunos personajes (*Ex* 3, 4; *1 Sm* 3, 4.10). Cuando repetimos el nombre para dirigirnos a una persona queremos expresar ternura, compasión; queremos hacer saber a la persona a la que nos dirigimos que es única para nosotros. Para Dios cada uno de nosotros somos únicos, especiales.

- La voz dice, además: *¿por qué me persigues?* En ningún momento se dice que Pablo haya perseguido a Cristo, sino a *los discípulos del Señor*. Cristo se identifica con su Iglesia, con *sus discípulos*. Él es la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Hay una unidad inquebrantable entre Cristo y los cristianos.
- Los sentidos, que nos permiten percibir la realidad que nos rodea, ejercen un papel singular en el relato. La ceguera física de Pablo tras el encuentro fortuito de Pablo quiere expresar una realidad espiritual que acontece ante el descubrimiento de un nuevo orden de realidad. El modo de contemplar la realidad personal y social se ve profundamente afectado por el encuentro con Cristo. Es la experiencia de las primeras comunidades cristianas, cuyos valores –el amor fraterno, el perdón– emergen de una experiencia de encuentro con el Cristo resucitado y de la recepción del Espíritu, quien actúa en nosotros liberándonos de nuestras esclavitudes, proponiéndonos un modo nuevo de ver la realidad y empujándonos a la misión de proclamar el evangelio. Se requiere un cambio en la propia escala de valores, una conversión de corazón, para comenzar a vivir en Cristo y en el Espíritu.
- En el texto juega un papel imprescindible Ananías, quien es llamado por el Señor para imponer las manos a Pablo de modo que recobre la vista y quede lleno del Espíritu Santo. La llamada de Ananías conserva también cierto paralelismo con los relatos de vocación del Antiguo Testamento. Responde con disponibilidad *aquí me tienes, Señor*. Manifiesta cierta resistencia al escuchar la misión que se le encomienda. Escucha las razones del Señor y acomete la misión encomendada. El papel de Ananías se inserta en la larga historia de mediaciones de la Biblia. En efecto, la Historia de la Salvación puede ser leída como una historia de mediaciones que ponen en contacto a Dios y a su pueblo y cuyo mediador definitivo es Cristo.

Nos dejamos interpelar por la Palabra (Meditatio)

La vida y la misión de Pablo han sido paradigmáticas para los cristianos de todo tiempo y lugar. Su itinerario espiritual es un modelo en el que de alguna manera todos nos sentimos reflejados, porque su experiencia de



conversión nos recuerda que no es posible vivir en cristiano sin dejarnos cambiar el corazón por Dios, sin dejar que Él ocupe el centro de nuestra vida. Es por eso que este relato de la conversión-vocación de Pablo ilumina siempre nuestra existencia cotidiana.

- El cambio que el encuentro con Cristo provoca en Pablo puede ser descrito con propiedad como *radical*, en el sentido etimológico del término. *¿Ha habido un cambio de estas características en mi vida? ¿De qué manera el encuentro con Cristo ha cambiado mi vida? ¿Cómo afecta el encuentro con Dios a mi vida cotidiana?*
- El Señor, que llama a Pablo con ternura y misericordia, me llama a mí también con los mismos sentimientos. *¿Experimento la presencia misericordiosa de Dios en mi vida? ¿A qué me llama Dios? ¿Cuál es la misión que me quiere encomendar?*
- El encuentro con Cristo deslumbra a Pablo, provocándole una ceguera física que expresa una realidad más profunda. Cuando contemplamos la realidad desde Dios, vemos las cosas de una manera diferente. *¿He experimentado cómo cambia mi percepción de la realidad –el mundo, el prójimo, mi propia vida– cuando la contemplo desde Dios? ¿En qué momentos o situaciones vivo con “ceguera espiritual”?*
- La mediación de Ananías es necesaria para que Pablo reconozca a Cristo y “recupere la vista”. *¿Qué personas me han ayudado a conocer a Cristo y a saber lo que Él quiere de mí? ¿Podría yo ayudar a otras personas a “devolverles la vista”? ¿De qué manera?*

La Palabra nos pide una respuesta (Oratio)

La llamada a la conversión y a la misión van de la mano. Para ser instrumentos útiles de Cristo, Él ha de ocupar el centro de nuestra vida. Como Pablo, quien se reconoce *apóstol por gracia de Dios*, demos gracias al Señor porque nos acoge con ternura y misericordia, nos llama a dejarle ser el centro de nuestro corazón, y nos propone una misión preciosa y única.

- Proclamamos de nuevo *Hch 9, 1-19a*.

- Compartimos nuestra oración desde lo que la Palabra de Dios nos ha sugerido.
- Podemos terminar con un canto de cuaresma que hable de la conversión. Si se estima oportuno, se sugiere realizar algún gesto relacionado con el pasaje que simbolice el efecto de la conversión en nuestras vidas.

“Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia no ha sido estéril en mí”

1 Cor 15, 1-11

Ambientación

Muchas son las ofertas de salvación que encontramos a nuestro alrededor: confort, seguridad, ocio... Ninguna propuesta puede colmar nuestro deseo de sentido. Sólo en la muerte y resurrección de Cristo encontramos un motivo capaz de dar sentido y significado a nuestra vida. Para volver a descubrir y gustar esta realidad, es preciso hacer silencio, acallar las voces que desde el exterior nos reclaman su atención, e ir al encuentro de Aquel que sale a buscarnos en la Palabra.

Lectura atenta del texto (Lectio)

En este tiempo en que la evangelización se hace aparentemente más difícil por las características de nuestro mundo, podemos caer en la tentación de adornar el mensaje que proclamamos con elementos que lo hagan más aceptable para nuestros contemporáneos. Frente a esta tentación, no hemos de olvidar que el mensaje de la cruz y la resurrección de Cristo resulta escandaloso para los hombres de todo tiempo y lugar. El apóstol Pablo nos recuerda que en tal escándalo radica nuestra salvación. Dejemos que la Palabra ilumine nuestra vida haciéndonos volver la mirada y el corazón al centro de la fe que profesamos.



- Proclamación de *1 Cor 15, 1-11*

- En silencio, volvemos a leer el texto. Después, leemos juntos los párrafos siguientes que pueden ayudarnos a comprenderlo mejor.

El pasaje que acabamos de proclamar es el inicio de una preciosa y honda reflexión paulina en torno a la resurrección de Cristo y de los cristianos. Se trata de una reflexión que viene a complementar el discurso sobre la sabiduría de Dios manifestada en la cruz de Cristo ofrecido al comienzo de la carta. Aunque esta primera Carta a los Corintios aborda cuestiones diversas –divisiones en la comunidad, estados de vida (matrimonios, viudos, solteros), las carnes sacrificadas a los ídolos, el modo de celebrar la Eucaristía...–, estas dos densas reflexiones teológicas enmarcan la carta.

Al parecer, según el mismo Pablo indica, algunos miembros de la comunidad iban diciendo que no habría resurrección de los muertos (*1 Cor 15, 12*). Otros se hacían preguntas en torno al modo concreto en que los muertos resucitarían (*1 Cor 12, 35*). Frente a estas cuestiones, Pablo transmite el mensaje de la resurrección de Cristo y establece una necesaria relación entre la resurrección de Cristo y la de los cristianos. La resurrección de Cristo es el punto neurálgico de la fe cristiana, hasta el punto de poder afirmar que *si Cristo no ha resucitado, tanto mi anuncio como vuestra fe carecen de sentido (1 Cor 15, 14)*.

El evangelio –la buena noticia– de la resurrección de Cristo es presentado con una fórmula solemne “*transmití lo que a su vez recibí*” que Pablo emplea también al transmitir las palabras sobre la Eucaristía (*1 Cor 11, 23*). Esta fórmula señala que estamos ante un dato formulado por la tradición más primitiva sobre Cristo. Al usarla, Pablo pretende ser fiel al dato recibido: no se trata de una invención suya, sino del núcleo de la fe cristiana: *Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras (1 Cor 15, 3-4)*.

Esta tradición procede de Pedro y los Doce, a quien Cristo se apareció primero. Después, Cristo resucitado se apareció a más de quinientos, a Santiago, al resto de los apóstoles, y por último, a Pablo. Al enumerar estos encuentros con Cristo resucitado, Pablo pretende dejar constancia de la veracidad del evangelio que proclama, así como del garante apostólico del mismo. De este modo, realza la centralidad de la resurrección de Cristo en el conjunto del mensaje cristiano.

Es precisamente en este contexto donde habla de sí mismo, considerándose el *menor de los apóstoles, indigno* de tal nombre. Estas cualidades de *menor e indigno* no significan que su apostolicidad no sea del todo auténtica, sino que expresan el reconocimiento de que la vocación apostólica es un don de Dios, una gracia recibida sin mérito alguno por parte del que la acoge. La apostolicidad de Pablo fue puesta en duda en más de una ocasión por varias comunidades cristianas, por eso Pablo aprovecha cualquier ocasión para defender la legitimidad de su apostolado.

Ser apóstol es una cualidad que determina la identidad de Pablo. Por eso señala a continuación: *por la gracia de Dios soy lo que soy y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí*. La vocación es un don que afecta al corazón de la persona, que es capaz de transformar los valores y aspiraciones por los que se ha regido la propia vida. Quien acoge la vocación a la que Dios le llama ha de configurar su existencia de acuerdo con las exigencias de la misión confiada y auxiliado por la gracia que el mismo Dios da. Pablo sabe que Dios reparte sus dones a la comunidad cristiana, pero también sabe que esta gracia otorgada en beneficio de su pueblo puede resultar baldía si aquellos a quienes llama no la acogen con la debida disposición.

Nos dejamos interpelar por la Palabra (Meditatio)

El centro de nuestra fe, la muerte y resurrección de Cristo, es un misterio que esclarece el sentido de nuestra vida. La resurrección de Cristo es el motivo fundamental de la esperanza cristiana. Dios derrama su gracia sobre nosotros para que creamos y esperemos en Él, a la vez que nos capacita para colaborar activamente en la misión de dar a conocer a todas las gentes la buena noticia de la salvación.

- Pablo recuerda a los corintios *el evangelio que les está salvando*, la buena noticia de la muerte y resurrección de Cristo que les ha sido anunciada y en la que, tras haberla acogido, están perseverando. *¿Experimento la presencia de Cristo resucitado en mi vida como un acontecimiento de salvación aquí y ahora, en mis circunstancias personales y sociales?*
- *Os transmití lo que a su vez recibí*. El evangelio es algo que nos ha sido dado, que hemos recibido gratuitamente, y que estamos llama-



dos a transmitir a las generaciones futuras. *¿Me siento parte activa de “la historia de la transmisión” de la fe cristiana? ¿Cómo contribuyo a transmitir el evangelio de Cristo, la salvación que he recibido de Cristo?*

- Ser apóstol, lejos de ser fruto de la iniciativa personal, es una gracia de Dios, un impulso hacia la misión que nos es dado por Dios y ante el cual sólo cabe el reconocimiento de la iniciativa divina y el agradecimiento por la confianza depositada en nosotros. Pablo expresa estas realidades al considerarse *el menor de los apóstoles e indigno de llamarse apóstol*. *¿Doy gracias a Dios por la vocación a la que me llama? ¿Me pregunto con frecuencia qué es lo que Dios sueña para mi vida?*
- *La gracia de Dios no ha sido estéril en mí*. Dios nos llama y deposita su gracia en nosotros en orden a realizar la misión confiada, pero para que la gracia fructifique hemos de poner de nuestra parte. *¿Qué medios pongo para que la gracia que Dios me da fructifique?*

La Palabra nos pide una respuesta (Oratio)

*Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Agradecemos a Dios la salvación que nos ha concedido por la muerte y resurrección de Cristo, liberándonos del pecado y colmándonos de su gracia. Démosle gracias por la vocación particular a la que nos ha llamado a cada uno y pidámosle que nos auxilie para vivir nuestra vocación cristiana con alegría y gozo, de modo que, como Pablo, podamos decir ya desde hoy *la gracia de Dios no ha sido estéril en mí*.*

- Proclamamos de nuevo *1 Cor 15, 1-11*.
- Compartimos nuestra oración desde lo que la Palabra de Dios nos ha sugerido.
- Podemos terminar con el canto *Vaso nuevo* u otro de acción de gracias, o bien rezando juntos el Magníficat.